Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 279 – 18 de agosto de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. **El catedrático de CC.OO.,** *Emilio Álvarez Frías*
2. **La Universidad ovetense,** *José Mª García de Tuñón Aza*
3. **La abolición del sentido común,** *José Manuel de Prada*
4. **El bucle catalán y el miedo al ridículo,** *Casimiro García Abadillo*
5. **Dixie,** *Sertorio*
6. **Los antipopulistas, los nazis y la vuelta al gulag,** *Javier Venegas*
7. **Carlistas contra turistas,** *Víctor Lapuente Giné*

El catedrático de CC.OO.

Emilio Álvarez Frías

Desde luego, esto anda mal. Leer que en la Universidad ovetense existen CCOO, es un descrédito general para esa Universidad y para todas las del país (¡equiparar un catedrático a un obrero!). No lo comentamos como demérito al obrero, pues consideramos que éste es tan importante en la construcción, en la forja, en cualquier tipo de trabajo manual, como el catedrático en la Universidad. Tiene el mismo valor el voto de uno como el del otro, pero no son iguales. Tan importante es, para cada cual dentro de su medio, una operación de corazón como realizar una bóveda de crucería, pero el fin que se persigue con uno y otro son diferentes. El catedrático debe ser un «maestro», un hombre que tiene el saber en el cerebro y es capaz de volcarlo sobre los alumnos para que aprendan y ejerzan funciones altamente cualificadas, y el obrero, que también puede ser «maestro» en su oficio, puede realizar obras materiales de considerable importancia, pero no son iguales. Para mí es un error llamar hoy día trabajador a todo el mundo. Es cierto, no vamos a negarlo, que todos los seres trabajan en lo que hagan. Pero, digo yo, no es igual adentrarse en los clásicos griegos, interpretar y encontrar nuevos significados a los términos filosóficos o teológicos, que estar fresando piezas iguales en una máquina que hoy, supongo, está conectada a un ordenador que da las órdenes de cómo ha de hacerse para que salgan todas idénticas.

Por muchas vueltas que le dé no encuentro semejanza entre los que se encuentran en un laboratorio investigando la forma de vencer al cáncer, con el meritorio trabajo que hace una enfermera en un hospital; no me parece igual el esfuerzo del profesor Luis Suárez para entrar en la Edad Media española y conseguir extraer historias y consecuencias de las mismas, que el importantísimo trabajo de un bedel en un centro de enseñanza; me parece sumamente diferente lo que hacen los científicos que encuentran la forma de llegar a la luna, a que hace el empleado de una óptica ajustando los cristales de unas gafas a quién las necesita. Digamos que para la realización humana tanto vale uno como el otro, lo uno como lo otro, y, sobre todo, si tenemos en cuenta el valor personal, intrínseco, que puede significar para cada ser el propio trabajo.

Pensando en la salvación del hombre, ahí no hay más diferencias que las que uno emplee en su obra; si la obra está realizada con amor y para el bien de los demás, tendrá una amplia puntuación; si es realizada con egoísmo y soberbia, la puntuación puede ser muy baja sea catedrático o trabajador manual el interesado.

Pero no son o somos iguales en cuanto a lo que hacemos unos u otros en la vida diaria. Y si CCOO está infiltrada entre los catedráticos y profesores de la Universidad de Oviedo, mal van las cosas. Como mal han ido las cosas cuando un marxista en ejercicio que daba clases en la Universidad Complutense, ha confundió su deber como profesor y malformó a unas generaciones de estudiantes, adoctrinándolos en una idea política concreta en vez de enseñar las materias de su asignatura, arrastrándolos después, junto a otros, a formar el movimiento-partido Podemos.

Digamos que este es un ejemplo de lo que pasa en España y en el mundo: la confusión existente entre el revoltijo de ideas, deseos y querencias; aunque a nosotros, de momento, lo que nos preocupa es lo que sucede en España, pues estamos padeciendo uno de los peores momentos de su historia, aunque algunos memos digan lo contrario.

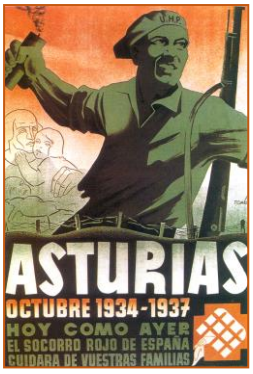
Pero, si además, los que en los claustros deben mantener la fidelidad a la verdad, la mancillan, la manipulan, la vuelven del revés, como sucede en la Universidad de Oviedo, hay que echarse las manos a la cabeza, y salir a buscar con una lámpara por las calles el hombre bueno, como hiciera Diógenes en su tiempo, pues es señal de que se ha perdido en todos los espacios: el profesor universitario ha perdido su rumbo dejando su misión académica y el trabajador se ha metido en una tarea que desconoce y solo le llevará a destruir y no a construir.

Hoy emprendemos el paseo diario como Diógenes, con su misma intención, aunque, en lugar de llevar un farol con la luz mortecina que produciría una vela, lo hago acompañado de un extraño botijo que pocas veces ha salido del anaquel, del que desconozco datos del artesano y del lugar donde se pudo hacer. Pero que pone de manifiesto que cuando uno hace el trabajo que conoce, aunque varíe la forma clásica y utilice otros materiales, la obra puede resultar primorosa.

La Universidad ovetense

José Mª García de Tuñón Aza

Primero la quemaron, la destruyeron con dinamita, y hora quieren manipular su historia. Hace algún tiempo, bajo el título «Por la recuperación de la memoria histórica en la Universidad de Oviedo», ha llegado a mis manos una serie de reivindicaciones que la Sección Sindical de CCOO de la citada Universidad quieren poner en conocimiento de todos, lo que ellos mismos llaman «la realidad de la simbología franquista y de exaltación del bando golpista», y que, según dicen, aún perdura en el viejo edificio de la calle San Francisco. Nada recuerdan, sin embargo, que en 1934, la izquierda en Asturias, o sea, sus predecesores, el fuego que ellos provocaron arrasó por completo el noble inmueble, quedando sólo en pie, como si fuera un símbolo, la estatua del patio de su fundador Fernando Valdés Salas. Esto provocó en Miguel de Unamuno una de aquellas frases, en las que se podía ver y notar, su triste amargura: «Allí estaba Valdés, advirtiéndonos con el dedo: "Ya os lo dije yo"». Es lo que nos cuenta en su libro *España,* Salvador de Madariaga.



Ahora los descendientes políticos de aquellos pirómanos, o sea, otra vez la izquierda, quieren dar un salto en el tiempo y olvidarse de aquella tragedia provocada en el templo de la sabiduría

ovetense. El incendio, lógicamente, trajo consigo la pérdida irreparable de su biblioteca con la desaparición de unos 55.000 libros, «cifra que hacía de la Universidad ovetense uno de los establecimientos mejor dotados bibliográficamente del país. En ese conjunto destacaban más de 250 manuscritos, 66 incunables, valiosas obras impresas en el siglo XVI y muchos miles de libros de los siglos XVII y XVIII». El catedrático de Historia del Derecho Ramón Prieto Bances, declaraba a los pocos días: «Lo que más siento es la desaparición de las dos bibliotecas de la Universidad: la biblioteca general y la biblioteca especial de la Facultad de Derecho. Los laboratorios desaparecidos son de fácil reconstrucción. Lo que no puede reconstruirse son esas dos bibliotecas que tenían un fondo antiguo valiosísimo e inapreciable». Y más adelante añadía: «Se han perdido notables obras de arte, como cuadros de Zurbarán, de Ribera y de otros pintores estimables del XVIII y XIX. Retratos de antiguos alumnos como Martínez Marina. Muebles y tapices del siglo XVII verdaderamente notables».

Decían que sus reivindicaciones las hacían en unas fechas que coincidían con el proceso seguido contra el Rector Leopoldo Alas Argüelles, fruto del cual fue fusilado el 20 de febrero de 1937. No seré yo, desde luego, el que apruebe que hayan fusilado a un hombre que no merecía semejante muerte, que desde aquí censuro, y que no tengo ningún inconveniente en reconocer que fue un acto criminal. Dicho esto, no deja de sorprender que no hayan tenido un recuerdo para los catedráticos que un día tuvo la Universidad ovetense y que fueron asesinados por la izquierda de este país. Como ellos no parece que quieran recordarlos voy a recordárselos, para que en otra ocasión, que puede haber, no se les olvide. Comencemos por Melquíades Álvarez, asesinado en Madrid, muy amigo de *Clarín* y catedrático que fue de Derecho Romano, incluso el Rector Alas fue pasante suyo. Ahora quiero que se me permita lo que el catedrático José María Serrano dijo, entre otras muchas cosas, por ejemplo en la inauguración del curso universitario 1942 a 1943. Se refirió, en primer lugar, al catedrático Jesús Arias de Velasco, Rector que también fue entre los años 1919-1923, y que renunció al cargo cuando se proclamó la Dictadura de Primo de Rivera. Serrano recordó de este catedrático su pasión de la Verdad y de la Justicia tan arraigadas en el fondo de su alma cristiana que, por confesarlas, sufrió martirio y padeció el horrible tormento de asistir al suplicio de sus hijos. Años más tarde, el nieto de Leopoldo Alas, Leopoldo Tolivar, lo volvió a recordar diciendo que Jesús Arias de Velasco y Lugigo fue asesinado por un grupo de milicianos después de hacerle presenciar la muerte de sus hijos…

Estado en que quedó la Universidad de Oviedo tras ser incendiada

Serrano también habló aquel día del catedrático Francisco Beceña González, a quien mencionó con estas palabras: «Murió asesinado por los revolucionarios y ganó la bienaventuranza por el martirio, el día de la fiesta del Salvador, el 6 de agosto de 1936. Sus pobres despojos humanos, que su triste hermana no ha podido sepultar cristianamente, yacen perdidos en la cumbre de alguna de las montañas de Asturias». Esta hermana, Camila, fallecida en 1981, que instituyó en 1940, en recuerdo de su hermano, una beca en el Seminario de Oviedo, y legó parte de sus bienes a la Facultad de Derecho de Oviedo.

CCOO pide ahora que toda la comunidad y su Rector a la cabeza, el máximo esfuerzo para que se conozca la verdad, es decir, solamente su verdad. Los catedráticos citados anteriormente no existieron para ellos. Como punto final, piden que desaparezca, copio literalmente:

1. Monumento a los muertos del bando golpista en las ruinas consolidadas de la Capilla de San Sebastián.

2. Placa Homenaje al Rector Gendín como «reconstructor» de la Universidad en el Aula Magna.

3. Vidriera con el Escudo franquista del techo de la Sala General de la Biblioteca Central.

4. Vidriera del descansillo de acceso al Segundo piso de Colegio Recoletas.

5. Nombramiento del General Francisco Franco Rector Honorario de la Universidad de Oviedo (Resolución del Claustro de 19 de Junio de 1939).

Están en su derecho de pedir eso y todo lo que quieran. Incluso no tendría ningún inconveniente en votar que les concedieran todo lo que piden, pero sólo bajo la condición de que antes fuera restituido todo lo que la izquierda, en octubre de 1934, destruyó en Asturias en general y en Oviedo en particular. Todos saldríamos ganando.

La abolición del sentido común

Juan Manuel de Prada *(ABC)*

Uno de los rasgos más estremecedores de nuestra época es la abolición del sentido común. Aquella fábula del rey desnudo, en la que un niño intrépido se atrevía a decir lo que todos callaban, ha alcanzado hoy su paroxismo; sólo que el desenlace de esa fábula sería hoy trágico, pues el rey de inmediato privaría de la patria potestad a los padres de ese niño, que entregaría a una parejita chunga, para que lo «reeducase».

El desprestigio del sentido común no es un fenómeno reciente. Todos los sistemas filosóficos prometeicos que han querido negar la naturaleza de las cosas se han preocupado de anatemizar el sentido común. Así, por ejemplo, Hegel (el Antiaristóteles por excelencia) arremete en el prólogo de su *Fenomenología del espíritu* contra «el sentido común y la inmediata revelación de la divinidad, que no se preocupan de cultivarse con la filosofía» y que son «la grosería sin forma ni gusto». Resulta, en verdad, muy revelador que Hegel vitupere en la misma frase la Revelación divina y el sentido común humano; prueba inequívoca de que sabe misteriosamente –como sólo saben quienes creen y tiemblan– que ambos se amamantan de la misma luz.

Y es que, en efecto, el sentido común no es un amontonamiento informe de opiniones cazurras o tópicas sobre esto, eso y aquello. El sentido común es el juicio sano que permite el conocimiento de la verdad de las cosas; y es un sentido que tiene toda persona, con independencia de que sea creyente o incrédula, si no ha sido ofuscada por visiones culturales o ideológicas deformantes. Toda la historia de la filosofía moderna ha sido un combate –a veces soterrado, a veces furioso– contra el sentido común y contra los filósofos que lo sostuvieron, empezando por Aristóteles. Y en nuestra época ese combate se ha trasladado a la política, que nos impone construcciones abstractas y utopías mórbidas con escaso o nulo anclaje en el orden real de las cosas. Las ideologías modernas han logrado instaurar de este modo una nueva barbarie (como siempre ocurre cuando se pierde contacto con la realidad), sólo que esta vez se trata de una barbarie más incitante y golosona, porque nos hace creer que somos soberanos.

No pensemos bobaliconamente que esta abolición del sentido común propone a cambio diversas «versiones relativistas» de la realidad. Por el contrario, aunque ofrezcan aderezos variados, lo

cierto es que las ideologías en liza ofrecen las mismas definiciones dogmáticas que, por supuesto, niegan el sentido común y postulan la subversión del orden real de las cosas. Sus premisas no pueden ser discutidas; y quienes se atreven a hacerlo son de inmediato señalados, desprestigiados, estigmatizados, incluso civilmente eliminados. Y, entretanto, las definiciones dogmáticas contrarias al orden real de las cosas son proclamadas por «iluminados» de izquierdas y derechas con todos los medios propagandísticos puestos a su servicio, hasta la abolición completa del sentido común, hasta la conversión de los hombres en bestias esclavizadas que, además, se creen grotescamente soberanas.

En estos momentos asistimos a la última ofensiva contra el sentido común, con la imposición de leyes que atentan contra la misma naturaleza humana, que la rectifican hasta convertirla en una parodia (no en vano los clásicos llamaban al demonio «el simio de Dios») y que consagran la muerte civil de quienes osen rechistar. Sin embargo, más acongojante aún que estas leyes que van a imponernos es el remoloneo inane de la única institución que, por ser depositaria de la Revelación divina, podría reavivar el sentido común entre los hombres esclavizados. Ese remoloneo inane hiela la sangre en las venas.

El bucle catalán y el miedo al ridículo

Casimiro García Abadillo *(El Independiente)*

La decisión de la presidenta del Parlament, Carme Forcadell, de no incluir la ley del Referéndum en el orden del día de la Mesa de la cámara, tras haber sido presentada en el registro el pasado 31 de julio, pone de relieve dos cosas: la división interna que vive el bloque soberanista (evidenciada en el toma y daca entre la CUP y el PDeCAT, con ERC como beneficiario de la trifulca); y, en segundo lugar, la improvisación con la que se conduce un proceso que, no lo olvidemos, tiene como fin nada más y nada menos que la separación de Cataluña de España.

La respuesta al desafío que hubiera supuesto dar luz verde a la tramitación de dicha ley, que lleva consigo el inmediato recurso del Gobierno al Constitucional y su segura paralización, ha hecho que sus promotores se lo piensen dos veces. Ahora la desobediencia tiene nombres y apellidos y a nadie le gusta (o si no que se lo pregunten a Francesc Homs) que le inhabiliten. Forcadell lo dejó claro cuando aludió, como una de las causas para no haber tratado el asunto, a la «presión judicial».

Ahora se especula sobre si la controvertida ley se presentará por sorpresa en el primer pleno del *Parlament*, que se celebrará el próximo 6 de septiembre, como una forma de calentar la celebración de la *Diada*. Una manifestación más de la «astucia» con la que se comportan los artífices del *procés*, que ahora parecen conformarse con que la amenaza de ruptura con el Estado de derecho sirva, al menos, como instrumento de agitación y propaganda para que el 1 de octubre no suponga un rotundo fracaso.

Recordemos lo que sucedió el 9 de noviembre de 2014: 2,3 millones de catalanes votaron en la consulta (un 37% del censo), de los que 1,8 apoyaron la independencia (el 25% del censo).

En realidad, la consulta, impulsada por Artur Mas, entonces presidente de la *Generalitat*, tenía por objeto crear una situación óptima para que las elecciones autonómicas dieran como resultado una mayoría clara al bloque independentista, que acudió coaligado bajo la marca *Junts*

***pel Sí*. Las cosas no salieron como estaba previsto y JxS no logró la mayoría absoluta, por lo que tuvo que buscar el apoyo de la CUP, que, a cambio, pidió y acabó consiguiendo la defenestración del propio Mas.**

Para el independentismo, la situación ha cambiado para peor. El último dato de la encuesta del Centro de Estudios de Opinión de la Generalitat muestra una caída imparable del apoyo a la independencia (el 41% de los consultados dicen estar a favor, frente al 49% que está en contra). Pero, además, a diferencia de lo que ocurrió cuando se convocó el 9-N, ahora existe un elemento distorsionador que juega un papel político esencial: la CUP.

Mientras que el PDeCAT mira con desconfianza un proceso que le puede hacer perder su ya esquilmada base de apoyo en la burguesía catalana, la CUP trata de marcar la agenda de la Generalitat con exigencias cada vez más perentorias de ruptura con España.

Olfateando esa debilidad estructural, el Gobierno, de una forma un tanto anómala, ha desinflado el victimismo independentista a través del portavoz del PP, Rafael Hernando, que 24 horas antes de la reunión de la Mesa del *Parlament* desechó la posible aplicación del artículo 155 de la Constitución.

Así las cosas, lo que se vislumbra de cara al 1-O tiene cada vez más similitudes con lo que ocurrió el 9-N. Los independentistas tratarán de conseguir una afluencia masiva a las urnas que no sean retiradas por los *Mossos*. Quedar por debajo de los 2 millones de síes sería nefasto. Mientras, el gobierno hará todo lo posible para que la CUP no logre el objetivo de provocar situaciones de violencia que puedan ser rentabilizadas mediáticamente.

Al final, los independentistas tratan de volver al punto de partida donde se quedaron el 9-N. Tres años después de aquella pantomima pretenden crear las condiciones para lograr una mayoría absoluta nítida que permita una ruptura pactada con el Gobierno de España. Por desgracia para ellos, la posibilidad de un escenario en el que Cataluña pudiera permanecer como un estado miembro más de la UE ha quedado completamente descartada tanto por Bruselas como por los socios más poderosos de la Unión. La independencia llevaría irremisiblemente al *Catexit*, cosa que no quiere la inmensa *mayoría de los catalanes y que sólo le suena bien a los antisistema de la CUP.*

Dixie

Sertorio *(El Manifiesto)*

Los sucesos de Charlottesville muestran hasta qué punto la corrección política es una dictadura totalitaria y, sobre todo, hipócrita. La violencia supuestamente provocada por los supremacistas blancos jamás se hubiera desencadenado de no mediar una cascada de provocaciones previas que lleva envenenando la vida de los Estados Unidos desde que esa nulidad llamada Barack Obama infectó, con su peculiar memoria histórica, la convivencia o, al menos, la coexistencia entre blancos y negros en ese fracasadísimo *melting pot* que pretenden ser los EE. UU.

La izquierda norteamericana es, como la europea, racista, genocida y discriminadora… del hombre blanco. Todo lo que tenga un tinte «caucásico» (¿armenio?, ¿georgiano?, ¿azerí?, ¿osetio?) es, por

esencia, malo y debe ser destruido. No otro es el razonamiento de estos nuevos bárbaros que llevan más de cincuenta años creando un complejo de culpa en la población europea –sobre todo en la supuesta élite universitaria– y, a la vez, favoreciendo el odio de las oprimidísimas minorías contra los caucásicos, razón de todas las desgracias que les afligen (aunque sea el dinero de los malvados *wasps*, como señala el gran Tom Wolfe, el que paga las innumerables mamandurrias y subvenciones de los oprimidos). Para los políticos y los intelectuales, las minorías de color o de sexo son negocio, pero los blancos no. Alguien que pertenezca a una minoría sabe que va a tener muchas más facilidades para ingresar en la universidad, ser elegido cargo público, recibir atención médica y poder denunciar por racismo a cualquier persona de piel clara con la que se enfade. Y todo ello pagado con los impuestos de una clase media blanca, a la que se está arruinando con la tributación creciente y la deslocalización industrial.

Tras cincuenta años de demagogia, todavía los apesebrados del antirracismo hablan de la violencia policial contra los negros (no la hay contra los asiáticos, ¿por qué será?, ¿quizá porque no se quejan, trabajan y estudian de verdad, sin cuotas? De hecho, en los motines raciales de los negros, los coreanos y nisei[1] lo pasan peor que los blancos). Las vidas negras importan; desde luego, parece que más que las de decenas de ciudadanos y policías blancos y negros asesinados por delincuentes afroamericanos. En 2016, la periodista y socióloga Heather Mac Donald publicó su estudio *The War on Cops*, con estadísticas tomadas de la administración americana y, en especial, del FBI. La investigadora quería saber hasta qué punto los datos que maneja la organización racista de extrema izquierda Black Lives Matter obedecen a una visión ajustada de los hechos. El lector juzgará: el 40% de los asesinos de policías son negros y un policía tiene 18,5 más probabilidades de ser asesinado por un negro que el afroamericano de serlo por un agente del orden. De la presunta violencia policial, el 50% de las víctimas son blancas, mientras que el 26 % son negras (que son el 13% de la población). Eso sí, los negros suman el 62% de los robos y el 57% de los asesinatos de los EE. UU. Dato aún más curioso: los policías negros e hispanos tienen el gatillo mucho más fácil que los blancos, que sufren de un pánico cerval a la hora disparar contra los negros por las consecuencias jurídicas que les puede suponer. La violencia policial contra los blancos está mucho más extendida que contra los negros, pero eso –aunque les ha costado la vida a mujeres y niños– a nadie le importa: *White Lives... Matter?*

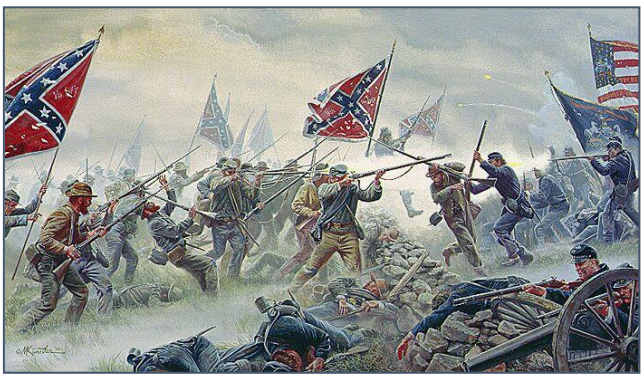
Continuamente se nos atiborra la pantalla de crímenes racistas cometidos por blancos. Los telediarios hablan y no paran durante semanas de algún malvado criminal caucasoide. ¿Se acuerda alguien, sin embargo, del Horror de Knoxville (2007) o de la Masacre de Wichita (2000)? Fueron crímenes de odio racial (es decir: racistas) cometidos por negros contra indefensos hombres y mujeres blancos. Violaciones, torturas de todo tipo y ejecuciones en grupo de las que la opinión pública no sabe nada. Esas noticias nunca se publican, no vayan a crear racismo.

El caso de Charlottesville abunda aún más en esa venenosa manipulación que los seguidores de Obama –más los políticos oportunistas (republicanos y demócratas) que buscan el voto negro– llevan realizando en los últimos decenios. El origen de la protesta en Charlottesville fue el

[1] *Nisei:* estadounidenses de origen japonés.

derribo de una estatua del general Robert E. Lee en una plaza antaño dedicada en su honor. El general Lee, según los talibanes de la corrección política, representa un período oscuro de la historia de los EE. UU. en el que había esclavitud y discriminación racial. Si aplicamos consecuentemente ese criterio, habría que destruir todas las estatuas dedicadas a Washington y Jefferson, plantadores y esclavistas virginianos que no hicieron nada por acabar con la esclavitud ni con la discriminación. Peor: el pervertido heterosexual Jefferson tuvo la ocurrencia de acostarse con sus esclavas. Tendrían también que cambiar el nombre de la capital federal y hasta el del distrito de Columbia (Colón era un esclavista de los duros) y el de uno de los estados de la costa oeste. Más aún, presidentes como Polk o Van Buren o Pierce o cualquiera anterior a Lincoln (no digamos ya los *copperhead*)[2] deberían ser proscritos de la memoria porque durante sus administraciones la esclavitud siguió como si tal cosa. Los posteriores a Lincoln tampoco se libran: hasta Lyndon Johnson hubo discriminación racial; Grant, Teddy Roosevelt, Wilson o el mismísimo Franklin D. Roosevelt deberían ser excluidos de todo tipo de homenaje.

Lo más divertido del caso de Charlottesville es que el general Lee no era esclavista, pues pensaba que ese régimen de producción debería ser abolido después de la guerra. Los soldados del Sur no lucharon por mantener la esclavitud, sino por librar a sus estados del dominio de la administración federal y por conservar su capacidad soberana. *La cabaña del Tío Tom* fue una maniobra muy astuta de la propaganda yanqui que aún hoy da dividendos: para impedir una ayuda decisiva de Gran Bretaña a los confederados (su principal fuente de algodón), la imagen de los sureños como unos brutales amos de esclavos hizo mella en la opinión pública británica y forzó al Gobierno de Su Majestad a mantenerse neutral. A Lincoln no le importaban los negros más que a Jefferson Davies; lo que él quería era llevar a cabo el gran designio de Hamilton: hacer de los Estados Unidos una gran potencia industrial que abarcara todo un continente. La Confederación fue otra víctima del expansionismo yanqui. La derrota supuso la sumisión colonial de los estados sureños a la economía del norte.



Para los blancos del Sur, Lee, Stonewall Jackson o J.E.B. Stuart son héroes nacionales que defendieron sus libertades (fueros, diríamos en España) frente a un enemigo despiadado. Johnny Reb no era un plantador que vivía en las palaciegas haciendas georgianas de *Lo que el viento* se llevó, esa cursilada antihistórica. Los combatientes del Sur eran granjeros pobres de Kentucky, de Tennessee, de Alabama; ganaderos de Texas y de Arkansas; pequeños burgueses de Richmond o Charleston. Buena parte de ellos tenían origen escoto-irlandés (de ahí la riqueza de su folklore, cuna del country actual) y no les faltaban sus gotas de sangre india, en especial cherokee, a esos presuntos racistas. Otra nota para el lector: la mayor parte de las naciones indígenas se pusieron del lado de la Confederación, que era el más débil. Sin embargo, un sujeto como el nordista Sherman, el mayor vándalo del siglo XIX, es para los nativos de Dixie un criminal de guerra. Pero el paso de los años había cicatrizado las heridas. A mediados del siglo XX, Norte y Sur estaban más o menos reconciliados y los héroes de la Confederación se consideraban también héroes de la Unión. Desde los años veinte hasta los setenta, muchísimas plazas, cuarteles, bases, calles y hasta modelos de tanques llevaban los nombres de los grandes héroes confederados. Tuvo que venir el revisionismo de izquierdas a encender un fuego que llevaba apagado un siglo.

Desde que Obama asoló los Estados Unidos con su rencorosa, racista y vil memoria histórica, los símbolos sureños han sido víctimas de una permanente vandalización por parte de las autoridades del partido demócrata, que parecen empeñadas en borrar de la memoria de los

[2] *Copperheads:* políticos norteños que simpatizaban con el Sur. Varios presidentes lo fueron.

americanos que su país fue construido, independizado y formado por hombres blancos, anglosajones, protestantes, puritanos y heterosexuales. Cierto es que también hubo holandeses, alemanes y suecos, pero me temo que eso no cambia mucho la perspectiva general. Las contribuciones de las minorías, salvo los indios, fueron minúsculas y los intentos por hacerlas valer las vuelven patéticas (eso sí, no se habla de los regimientos 9 y 10 de caballería compuestos por negros, los Buffalo Soldiers, que contribuyeron tanto como el Séptimo de Custer a exterminar a los indios).

Maldecir y despreciar al hombre blanco fue un deporte sin riesgo social hasta hace muy poco. Todavía hoy, uno puede reírse abiertamente en Princeton, Yale o Stanford de los *rednecks*, *hillybillies* y *white trash*, mientras que semejantes calificativos sobre minorías de color convertirían al que los pronunciase en un apestado en los selectos claustros de la Ivy League. Pero la guerra de las izquierdas mundiales contra la raza blanca (desde la ONU hasta Black Lives Matter, pasando por el Vaticano y la Comisión Europea) parece que por fin encuentra resistencias. Al ser tratados como indeseables en su propia tierra, los caucasians están empezando a actuar como otra minoría. Puede que hasta surja una conciencia nacional blanca fundamentada en el recuerdo de la Confederación. Y mucho ha tenido que ver esto con la imprevista victoria del decepcionante Trump.

La tensión de decenios entre la élite liberal y la gente blanca tenía que estallar, y lo ha hecho en Charlotte, donde las autoridades han añadido gasolina a las llamas al prohibir arbitrariamente lo que era una simple manifestación pacífica, mucho más civilizada que las de los *Black Panthers* o los *Nation of Islam*, supremacistas negros de izquierdas y musulmanes, beneméritos del Sistema; ellos sí que pueden desencadenar una comprensible violencia urbana: son víctimas del hombre blanco. En Charlottesville, los antifascistas, los perros de presa del Sistema, sus guerrilleros de Cristo Rey, han sido los que han provocado la violencia con sus contramanifestaciones y no han parado hasta conseguir su muerto. ¡Enhorabuena: ya lo tienen! América, gracias a los antirracistas, está abocada a una guerra de razas.

Trump, mientras tanto, sigue cerdeando. No le servirá de nada.

Los antipopulistas, los nazis y la vuelta al gulag

Javier Venegas *(Vozpópuli)*

La ruptura con el pasado, la dislocación entre nacionalidad y Estado, la segregación entre comunidad y Administración y la guerra cultural contra la tradición parecen ser parte de un proyecto integral de reeducación que ha degenerado en un conflicto generalizado.

El documento de 10 páginas hecho público por James Damore, el llamado #GoogleMemo, más que revindicar el consenso científico, ha puesto de relieve la delicada situación en la que se encuentran las sociedades occidentales después de que el tradicional enfrentamiento ideológico mutara a enfrentamiento cultural.

Como explicaba el sociólogo Donald Black, «la cultura es un juego de suma cero» y rara vez sus conflictos pueden resolverse mediante el compromiso entre las partes. De ahí que las discrepancias culturales generen reacciones aún más viscerales que las disputas ideológicas, y que la politización de la cultura tienda a plantear los problemas de forma que es imposible resolverlos mediante el acuerdo. Así

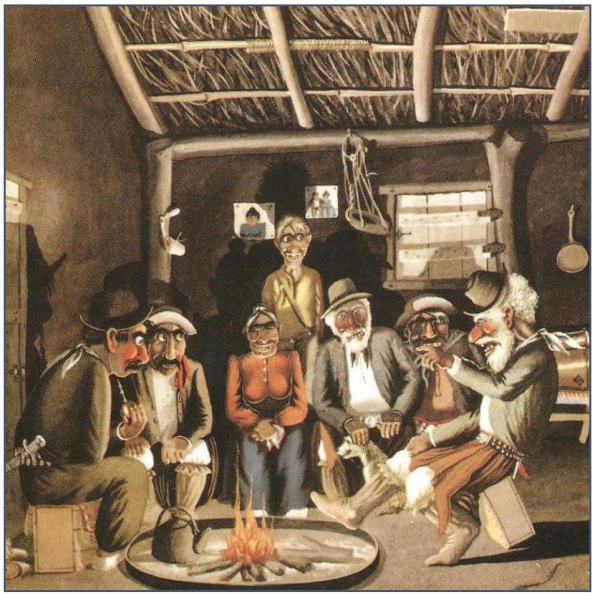
que una vez las disputas ideológicas se trasladan al terreno cultural, la soluciones se vuelven imposibles.

En general, los desacuerdos sobre los límites del Estado de bienestar o el mercado libre, por ejemplo, suelen solucionarse, para bien o para mal, mediante el pragmatismo. Sin embargo, los conflictos sobre la soberanía nacional, el matrimonio homosexual, el aborto, el multiculturalismo o el género, por poner sólo algunos ejemplos, tienden a enquistarse. La razón es que estos afectan a valores y cuestiones morales que trascienden el orden meramente administrativo. Las personas, aun con disgusto, pueden, adaptarse a una subida de impuestos, pero difícilmente aceptarán ver violentadas sus convicciones íntimas.

Cuando la acción política desborda el mero ordenamiento burocrático, vitupera la ciencia e invade el terreno de los valores, no sólo trastoca esos valores, sino que también distorsiona infinidad de relaciones. Como en el juego de los palillos chinos, un solo movimiento puede generar situaciones completamente nuevas e impredecibles. Cuanto más enterrado esté el palillo que se pretende mover, mayores y más inesperadas serán las reacciones.

La evolución insensata

Esto no quiere decir que los valores de una sociedad sean o deban ser inmutables. Todo, absolutamente todo, es susceptible de evolucionar, incluso las convicciones más arraigadas. Pero pensar que el orden social es una mera construcción artificial y que, por tanto, su transformación es una competencia gerencial, es el mayor de los errores que se puede cometer. Precisamente las instituciones eficaces se distinguen de las ineficaces, más que por la bondad de su diseño, porque son coherentes con la sociedad; es decir, no son un artificio de un puñado de expertos, sino fruto de una laboriosa interacción entre gerentes y sociedad.



Esto no quita que hasta la transformación más ponderada genere tensión. La relación entre tradición y nuevos conocimientos siempre ha sido una relación difícil, llena de fricciones. De hecho, ya en la antigua Atenas, el choque entre la doxa (creencia u opinión) y la episteme (nuevo conocimiento) dio lugar a encendidos debates. Y aunque, después, en la Roma imperial o, más tarde, en la Europa medieval primó la tradición, esta tensión nunca desapareció.

Sin embargo, con la llegada de la modernidad, y muy especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, la tensión entre la autoridad de la tradición y nuevas maneras de legitimación alcanzó cotas desconocidas. Las tradicionales convenciones que proporcionaban un marco común de entendimiento dejaron de ser dominantes. Sin embargo, la vieja autoridad y su red de significado común no fueron sustituidas por un sistema equivalente. La contracultura que había emergido en los 60 resultó ser mucho más eficaz socavando la tradición que construyendo una nueva autoridad.

El fin de la Autoridad

En efecto, durante la década de 1960, a pesar de la proverbial prosperidad económica y del fantástico progreso tecnológico, las sociedades occidentales, de pronto, parecieron carecer de recursos morales con los que legitimarse. Y la expresión de la autoridad en todas sus formas quedó expuesta a una abrumadora contestación. El problema no consistía simplemente en que

una forma determinada de autoridad estuviera siendo cuestionada, sino que la Autoridad en sí, como concepto, había entrado en una crisis terminal.

Ya, en los 50, Hannah Arendt advirtió que la autoridad se había convertido en «casi una causa perdida». Y señaló que esta trasformación se estaba traduciendo en una pérdida de «autoridad de los padres sobre los niños, de los maestros sobre los alumnos y, en general, de los mayores sobre los jóvenes».

En efecto, a mediados del siglo XX el equilibrio entre tradición y nuevo conocimiento quebró. Y sucedió lo inimaginable: las sociedades occidentales rompieron por completo con la tradición. Como Robert Nisbet sentenció, la revuelta contra la autoridad había sobrepasado un punto crítico.

Pero las élites, lejos de asumir cualquier compromiso con la crisis de la autoridad, endosaron la responsabilidad del conflicto a aquellas personas que insistían en conservar sus valores y se negaban a someterse a los designios de una clase emergente de expertos. Con el final de la Segunda Guerra Mundial, y tras la amarga experiencia del nazismo, esta desconfianza de las élites hacia el pueblo se vio reforzada. Y se asoció el apego a las tradiciones con un comportamiento patológico. La imagen de un pueblo irracional, subyugado por un Führer, obsesionaba a la nueva élite anti-populista.

En realidad, el nazismo era profundamente contracultural, anti-religioso, mitológico e, incluso, esotérico; es decir, enemigo de la tradición. Sin embargo, el error de asociar nazismo y tradición, totalitarismo y conservadurismo, pasó prácticamente desapercibido.

Hubo que esperar a la década de 1990 para Christopher Lasch llamara la atención sobre la creciente aversión de las elites hacia cualquier expresión que consideraran populista. Así, Lasch observó que, mientras antiguamente los liberales progresistas se habían preocupado por el declive de la participación popular en la política, ahora parecían considerar esta apatía como una bendición. Desde entonces hasta hoy se ha ido imponiendo de forma inexorable una rígida ideología orientada a deslegitimar las costumbres y preferencias del ciudadano común.

En realidad, el ethos anti-populista surgió mucho antes del ascenso del movimiento populista posterior a la Guerra Fría. La idea de que el pueblo es moral e intelectualmente inferior a las élites ilustradas constituye el fundamento del imaginario anti-populista desde tiempo inmemorial. Sin embargo, en las últimas décadas, el desdén de Platón por el demos y su defensa de la autoridad del experto reaparece con inusitada fuerza en los anti-populistas. Y hoy el convencimiento general es que el común rara vez sabe lo que le conviene.

El hartazgo

La ruptura con el pasado, la dislocación entre nacionalidad y Estado, la segregación entre comunidad y Administración y la guerra cultural contra la tradición parecen ser parte de un proyecto integral de reeducación que, como era de prever, ha degenerado en un conflicto generalizado. Algo que anticipó Daniel Patrick Moynihan, que había servido a tres presidentes, cuando se aventuró en los 70 a hacer la arriesgada predicción de que las locas ambiciones de los 60 traerían consigo arrepentimiento y amargura

«Constantemente subestimamos las dificultades, sobrevaloramos los resultados y evitamos cualquier evidencia de incompatibilidad y conflicto, creando así repetidamente las condiciones de fracaso por un deseo desesperado de éxito... Creo que este peligro se ha visto agravado por la creciente introducción en la política y el Gobierno de ideas originadas en las ciencias sociales que prometen provocar un cambio social a través de la manipulación de lo que podría llamarse los procesos ocultos de la sociedad».

En este afán de promover una nueva visión del mundo, políticos, expertos e intelectuales anti-populistas han terminado imponiendo un esquema amigo-enemigo que ha polarizado a la opinión pública: el discrepante ya no es considerado un simple adversario político, sino el enemigo. Algo frente a lo que a su vez reaccionan con violencia los menos moderados del bando contrario. De esta forma, la polarización impuesta por los anti-populistas se retroalimenta, convirtiéndose en una profecía autocumplida.

Para mayor desolación, la Unión Europea parece haberse sumado a esta dieta de valores negativos y asumir con entusiasmo la dinámica amigo-enemigo, llagando a condenar no sólo a determinados gobiernos europeos sino a toda una nación por su negativa a asumir sus directivas. En Bruselas no entienden, o no quieren entender, que la principal razón por la que la cuestión de la soberanía nacional se ha vuelto tan importante es porque es en el contexto de la comunidad nacional que la mayoría de la gente adquiere significado. Así, el debate sobre la migración y las fronteras no es simplemente una disputa sujeta a un juicio moral; se trata sobre todo de una cuestión existencial mucho más profunda, de quiénes somos y cuál es nuestro lugar en este mundo. Lo mismo sucede con el género.

Carlistas contra turistas

Víctor Lapuente Giné *(El País)*

Se necesita tener muy perturbado el cerebro para escribir la sandez que se puede leer en el artículo publicado en *El País* y que publicamos a continuación. Sobran más comentarios.

La palabra de este verano es turismofobia. Pero podría ser neocarlismo. Pues algunos ataques contra el turismo tienen el sabor reaccionario y comunitario del viejo carlismo.

Esto decía Juan Carlos Monedero en 2011, y no se ha apeado de ello.

Más allá de la adhesión a un candidato a la corona, lo que caracterizó al carlismo, y a otros tradicionalismos europeos del siglo XIX, fue el miedo a las disrupciones sociales derivadas de la apertura comercial y la creación del Estado de derecho liberal. Frente a ello, los carlistas se aferraron a los fueros y valores locales.

Hoy, quien amenaza la vida de la comunidad no es tanto el capitalismo industrial como la economía de servicios. Pero lo que produce el miedo de fondo es lo mismo que hace dos siglos: incertidumbre laboral, emigración a trabajos precarios en la ciudad y desarraigo.

Estéticamente, es difícil encontrar personajes más divergentes que un carlista del XIX, con su impoluto uniforme militar, y un encapuchado de Arran o Ernai (las juventudes de la CUP y Sortu

que han reivindicado diversos actos antituristas). Uno es autoritario, el otro asambleario. Uno profundamente religioso, el otro tan anticlerical que quiere expropiar la catedral de Barcelona para convertirla en un economato.

Pero, doctrinalmente, ambos activistas son intransigentes, eligen vías de acción extraparlamentarias y persiguen dos objetivos básicos: frenar el capitalismo liberal y quitar poder al Estado central para devolvérselo a una comunidad local supuestamente más auténtica.

Los jóvenes neocarlistas también parecen coincidir territorialmente con los viejos carlistas, ganando adeptos en el País Vasco y el Levante. Es curioso que algunas de las comarcas donde la CUP obtiene mayor apoyo electoral, como el Berguedà o el Priorat, fueran conocidos feudos carlistas. Y el municipio más importante gobernado por la CUP es precisamente Berga, la antigua capital del carlismo catalán.

La gran diferencia estriba en que los neocarlistas, de momento, no son violentos. No comparten ni una sola letra del himno carlista Dios, Patria y Rey. Aunque el tono de su música es parecido: la épica de un pueblo que se rebela contra el mundo.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.